



OES

Oficina de
Estadísticas
Sociales

www.ceics.org/oes - oes@ceics.org.ar

Equipo de trabajo: Nicolás Villanova, Sebastián Cominiello y Pablo Estere

Director del CEICS: Eduardo Sartelli

Para realizar comentarios o recibir información ampliada - oes@ceics.org.ar

Contacto con prensa: Julia Egan (+549) 11 51650487 - prensaceics@gmail.com - @PrensaCEICS

LA CIENCIA COMO HERRAMIENTA DE LUCHA

INTRODUCCIÓN GENERAL A LA SERIE DOCUMENTOS DE TRABAJO DEL CEICS

MARZO DE 2016

I-Introducción

El Centro de Estudios e Investigación en Ciencias Sociales (CEICS), perteneciente a la organización política *Razón y Revolución*, lanza esta serie de Documentos de Trabajo elaborada por uno de sus grupos, la Oficina de Estadísticas Sociales (OES), con la finalidad de aportar conocimiento a la lucha del proletariado. El OES se propone conocer la realidad social argentina a través de las estadísticas. Partimos de un somero conocimiento de la estructura social argentina para pensar un conjunto de problemas y preguntas que guían esta serie de Documentos y que pueden sintetizarse en dos grandes ejes.

1. Las ideas que predominan en el mundo académico tienden a ocultar la existencia de las clases sociales

En general, la noción de “clase” ha dejado de circular por los pasillos de las universidades y los espacios de elaboración de estadísticas (si es que alguna vez estuvo presente en este último campo). Su desaparición del mundo académico tiene su historia. En efecto, el avance de la clase dominante y el repliegue del proletariado en la década de 1970 tuvieron su consecuencia en las ciencias. La noción de “clase” ya no sería adecuada para caracterizar la estructura social; en su lugar surgieron otras denominaciones que abandonaron esta concepción: “informales”, “marginales”, “excluidos”, “sectores populares”, “clases medias”, “altas” y “bajas” y otros tantos.

Pero la clase obrera existe y por diversas razones se la ha querido ocultar. Su desaparición en el terreno científico no remite a un capricho académico o una simple búsqueda de alternativas: se trata de una forma de soslayar al sujeto históricamente portador del interés de un cambio en la estructura capitalista. En efecto, un obrero es aquella persona que no tiene más alternativa que vender su

fuerza de trabajo para poder vivir. De ofrecer su capacidad de pensar y moverse. No vende un producto, sino sus capacidades materializadas en él. No hay distinción si se emplea en una fábrica, si recicla cartón, maneja un camión o reparte el correo. En todos estos casos produce una mercancía o garantiza su circulación.

Este proceso se lleva adelante cotidianamente, delante de nuestros ojos, hasta en los momentos aparentemente más alejados de la producción capitalista. Por dar un ejemplo, un mozo de una cafetería conforma una parte de los procesos de trabajo de la mercancía “café servido”. Por ello, limpia la mesa (prepara el terreno para servir el café), recibe el pedido (tipo de café), luego retira el café de la barra y lo traslada hasta la mesa. Finalmente cobra al cliente. Otros obreros de la confitería realizan otras tareas, todas que concurren a producir esa mercancía. Pero ninguno de ellos es el dueño de los insumos, los potes de café o la máquina de hacer la infusión. Mucho menos del local, las sillas y las mesas donde se sirve el café. El propietario de estos insumos, utensilios y maquinarias es un burgués quien a su vez es el que compra las capacidades de trabajar de sus empleados a cambio de un salario. Como todo patrón su pretensión es obtener ganancias y hará lo posible para incrementarlas. Ya sea evitando aportar a la jubilación de su personal (trabajo “en negro”), echándolos cuando no haya mucha demanda, pagándoles un sueldo de miseria (y que en todo caso “hagan” mucha propina). Todo este intercambio social se produce delante de los ojos de todo aquel que se sienta, simplemente, a tomar un café.

Cabe destacar que el dueño de una cafetería está muy lejos de constituir el grupo de los grandes empresarios y burgueses del país, los Grobocopatel, Rocca, Pagani, Macri o, incluso, los Lázaro Báez y Cristóbal López. Sin embargo, tanto el propietario de la cafetería como estos últimos conforman diferentes fracciones de una misma clase que

es diferente y hostil a los obreros. Los primeros viven a costa del trabajo de los segundos. Que la academia no vea algo tan obvio, es un síntoma de los tiempos.

En el campo de las estadísticas ocurre algo parecido, toda vez que su función ha sido “operacionalizar” los conceptos alternativos a la noción de clase, de forma tal de registrar la información. Por ello nos acostumbramos a leer los informes del Banco Mundial o la Organización Internacional del Trabajo que dicen, por ejemplo, que la “clase media” ha crecido de manera inusitada en Argentina y en toda América Latina en la última década. Hasta en China, el país de la superexplotación, crece la clase “media”. Es decir, desaparece el proletariado, aquí y en la China... Se trata de operaciones burdas que juntan lo que está separado y separan lo que debe juntarse, con la única finalidad de probar que no hay mejor solución a los problemas capitalistas que más capitalismo.

Lo mismo pasa con las categorías de “cuentapropismo”, “asalariado”, “trabajador familiar sin remuneración”, que tienden a alejar el concepto de clase del campo de las estadísticas y a confundir más de lo que esclarecen. No es lo mismo un gerente de una empresa privada que un beneficiario de un plan de empleo. El primero conforma una fracción de la pequeña burguesía, mientras que el segundo es una de las tantas capas que compone la clase obrera. Y sin embargo ambos son registrados por los organismos de estadísticas como “asalariados”. Tampoco son lo mismo un cartonero que un odontólogo con consultorio privado. Pero ambos son captados como “cuentapropistas”.

2. La clase obrera sufre transformaciones en su estructura debido a los cambios técnicos en los procesos de trabajo y el desarrollo de la *gran industria*

Lejos quedó aquella imagen de una clase obrera “homogénea” propia de los años '40 ó '50. En las últimas décadas asistimos a un conjunto de transformaciones de la clase, donde una porción cada vez mayor tiende a ser superflua para las necesidades de reproducción del capitalismo. Esta condición superflua o sobrepoblación es relativa al capital, pero no a las necesidades de la población. En efecto, la innovación tecnológica y la mecanización de los procesos de trabajo propias del desarrollo de la Gran Industria tienden a crear una población que ya no es empleable productivamente, condiciones que provocan la proliferación de capas enteras de la clase obrera que nutren otras ramas poco tecnificadas, como por ejemplo, la confección o el reciclado. O bien, la expulsión (o no absorción) de trabajadores, o sea, la desocupación. Esto se manifiesta en la creciente precarización de las condiciones de trabajo y la pauperización en sus condiciones de vida. Los pobres, indigentes, los empleados “en negro”, los mal pagos, los cartoneros, beneficiarios y asistidos por el Estado, los desempleados plenos, conforman diferentes

fracciones de la sobrepoblación relativa que se ha consolidado en la Argentina de las últimas décadas.

La crisis de 2001 fue, desde esta perspectiva, muy pedagógica. Sacó a la luz la creciente pauperización de enormes masas de la población, en el plano de sus condiciones de vida, y su disposición a la lucha. Pero no fue la única crisis a partir de la cual empeoró la situación de la clase obrera. En los últimos 40 años asistimos a estallidos económicos cada 7 ó 10 años: 1975, 1982, 1989, 2001. Y, aunque contenida con diversos artilugios, 2009 y 2014. Todos estos coletazos económicos han sido seguidos de momentos de recuperación del mercado de trabajo, el nivel salarial y de merma de la pobreza. Sin embargo, tales recomposiciones no han logrado revertir las tendencias previas al estallido de la crisis. Dicho de manera más sencilla, cada vez estamos un poco peor.

No obstante, estas tendencias no siempre son visibles a través de las estadísticas o bien no son publicadas por los organismos oficiales. Al contrario, se tiende a ocultar aquello que no se quiere dar a conocer porque indefectiblemente resulta un peligro para el personal político que gobierna. Esto explica, por ejemplo, la deliberada manipulación de los índices de precios en el INDEC a partir del año 2007. Probablemente, por la misma razón el macrismo tampoco se atreve a dar a conocer los “números rojos”, porque si bien reconoce los problemas de la “herencia” del gobierno kirchnerista, también sabe que sus medidas económicas actuales, más que solucionar tienden a empeorar la situación. Y sabe que le toca realizar el “trabajo sucio”: el ajuste tan esperado por los empresarios (que ya había comenzado Cristina de manera más paulatina durante los años previos).

De allí la importancia de “medir”, de avanzar en una cuantificación de la clase obrera en general y de la sobrepoblación relativa en particular. De indagar a través de las estadísticas las transformaciones en el seno de la clase y de su tendencia a la fragmentación. Porque si bien un trabajador del gremio del transporte es tan obrero como un desocupado, un empleado de Mc Donalds o un cartonero, también es cierta la creciente disparidad en sus condiciones de trabajo y de vida. Aunque nada comparable con los dueños de los medios de producción, los millonarios, los que se apropian de la mayor riqueza del país y los que disfrutan de la vida a costa del trabajo ajeno.

II-Las estadísticas como campo de disputa

Nuestro objetivo es analizar la estructura de la sociedad, la composición de las clases sociales y la magnitud del desempleo, entre otras variables. Nos concentramos en un primer momento, en la tarea de cuantificar la magnitud real de la clase obrera argentina y la sobrepoblación relativa bajo todas sus formas. A su vez, y dado que la realidad no se nos presenta tal cual es

ante nuestros ojos, una de las tareas del OES es cuantificar la magnitud del desempleo “encubierto”. Se trata, por ejemplo, de aquellas formas de ocupación que son garantizadas por la asistencia estatal, como los beneficiarios de planes de empleo o el empleo estatal innecesario.

Otro de los objetivos propuestos por el OES es el análisis de las condiciones de vida y trabajo de la clase obrera. En este sentido, elaboramos indicadores de pobreza, indigencia, empleo precario, salario (por rama de actividad, género, tipo de contrato, grupo etario, etc.), ingreso total familiar y otros tantos. También cuantificamos la población que vive en zonas riesgosas o en viviendas precarias. Se trata de avanzar en el análisis y la evolución del valor de la fuerza de trabajo, es decir, de sus condiciones de reproducción biológica y social. Todos estos abordajes pretenden responder a una pregunta general que orienta los estudios del OES y que puede sintetizarse de la siguiente manera: ¿hacia dónde nos lleva el capitalismo argentino? ¿Cuáles son las transformaciones en el seno de la clase obrera en las últimas décadas? ¿Por qué estamos cada vez peor?

Alguno podría pensar que estudiar la “clase obrera” a través de las estadísticas sería imposible, puesto que no hay organismo oficial que indague la realidad a través de las nociones de clase. Otros bienpensantes podrían suponer que el INDEC mide indicadores como el desempleo o el empleo precario y que no habría razón alguna para volver a medirlo. Finalmente, otros tantos podrían asumir que las estadísticas argentinas no son confiables y que no hay nada bueno que pueda usarse de allí. Efectivamente, todos estos problemas están presentes en las estadísticas. Aquí nos tomamos algunas líneas para plantear sucintamente las razones por las cuales lanzamos estos Documentos y los obstáculos que debemos sortear, los cuales básicamente pueden definirse en dos puntos. Por un lado, la necesidad de utilizar criterios científicos frente a las inconsistencias de las nociones usadas por los organismos oficiales. Por otro lado, la importancia de obtener indicadores alternativos frente a la manipulación deliberada de ciertos datos, fenómeno que va más allá de la intervención del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) durante el año 2007, y que constituye un problema estructural al conocimiento burgués de la realidad. Comencemos por este segundo punto.

En efecto, el año 2007 será recordado en la historia de las estadísticas argentinas por la intervención del INDEC por parte del gobierno kirchnerista. Apenas cuatro años de gestión habían pasado para verse obligados a esconder lo evidente. A partir de entonces comienza una etapa de manipulación deliberada, sobre todo en el Índice de Precios del Consumidor, de expulsión de aquellos técnicos que denunciaron el trastocamiento de los datos y del uso de patotas para amedrentar a los trabajadores del organismo.

Para los investigadores, la manipulación de información

es un problema de difícil resolución. Es decir, se pueden tomar indicadores alternativos en ciertos casos pero si un dato se encuentra deliberadamente trastocado no puede sino asumirse como tal (siempre y cuando se expliciten sus limitaciones), o bien, intentar estimarlo con otros datos, o bien, desestimarlos por completo. Un ejemplo en este sentido ocurre con la denominada *línea de pobreza*. Más allá de las limitaciones de esta medición (que analizaremos en próximos documentos), la línea de pobreza se calcula en base a una canasta que se construye con información proveniente de la Encuesta Nacional de Gastos de los Hogares. Dado que esta última se realiza cada 8 ó 10 años (1985, 1996, 2004 y 2012), la forma según la cual se estima el monto de las canastas alimentaria y total para cada mes, trimestre o año se efectúa a través del IPC.

Históricamente, el INDEC utilizó el IPC del Gran Buenos Aires para medir la pobreza del país, debido a que su evolución y variación era semejante para el conjunto de los aglomerados urbanos. Sin embargo, la intervención de 2007 trastocó ese índice. Esta manipulación fue seguida del abandono de la medición de la pobreza a partir del año 2013, situación agravada por la elaboración de otro índice de precios a partir del año 2014, el Nacional Urbano, cuya mayor dificultad reside en la imposibilidad de empalmarlo con la serie anterior. El mismísimo Kicillof, antes de ser funcionario del gobierno, criticó los resultados del INDEC y utilizó como índice de precios alternativo el denominado IPC de 7 provincias, o sea, un promedio ponderado de los índices de precios de aquellas provincias cuyas oficinas de estadística no habían sido intervenidas. Al parecer Kicillof se olvidó de este asunto una vez que asumió como ministro en 2011, para terminar señalando que “medir la pobreza es estigmatizante”... Peor aún fue la sentencia del ministro Aníbal Fernández para quien el Estado “no está para contar pobres”...

Pero, como decíamos antes, el investigador que pretenda usar las estadísticas también se hallará con el problema de los “criterios” y “nociones” utilizados por el INDEC, los cuales parten de una determinada posición teórica y metodológica. Este asunto trasciende al gobierno kirchnerista y no es un fenómeno que arranque en el 2007: se trata de un problema histórico y remite a quienes se encargan de pensar las formas de “captar” la realidad a nivel mundial que, en general, se nutren de las “recomendaciones” de la Organización Internacional del Trabajo. ¿Está bien medido el desempleo? ¿Cuáles son las definiciones utilizadas por el INDEC para medir la desocupación? ¿A quiénes se consideran ocupados? ¿A quién se caracteriza como “cuentapropista”? ¿Los denominados “patrones” conforman las filas de la ocupación? ¿Cómo se mide el empleo precario? ¿La pobreza está bien medida, es correcta su metodología?

En buena medida, las inconsistencias en las mediciones parten de concepciones teórico-metodológicas

que llevan a los organismos oficiales de estadísticas (no sólo de Argentina sino de casi todos los países) a medir siempre “para abajo”. Es decir, tales nociones tienden a sub-representar o sobredimensionar según el caso los indicadores. Y buena parte de quienes se dedican a investigar la realidad a través de las estadísticas, incluso desde una perspectiva de izquierda, reproducen estas falencias. No necesariamente con malas intenciones sino porque no suelen hacerse las preguntas pertinentes para conocer la realidad. Las estadísticas son, entonces, un campo de disputa.

El plan de trabajo

Como dijimos, lanzamos esta serie de Documentos de Trabajo con la esperanza puesta en aportar al conocimiento de la vida social, para entenderla y modificarla. Porque el conocimiento es eso, una manera de conocer el mundo y una herramienta para cambiar aquello que padecemos. A continuación enumeramos los primeros Documentos publicados y los que están por venir:

Documento de Trabajo N°1. ¿Cuántos desocupados hay? Aportes metodológicos para una medición más

realista del desempleo.

Documento de Trabajo N°2. La evolución de la desocupación en Argentina, 1986-2014. Un ejercicio de estimación del desempleo real en los aglomerados urbanos a partir de la Encuesta Permanente de Hogares.

Documento de Trabajo N°3. Mentiras sobre el desempleo. Análisis de las contradicciones de las cifras oficiales sobre la desocupación.

Documento de Trabajo N°4. Inundados. La composición social de las personas que residen en zonas inundables en el total de los aglomerados urbanos (2003-2015).

Documentos de Trabajo en curso

Documento de Trabajo. ¿Quién te expulsa? El origen del desempleo para quienes tuvieron ocupación previa.

Documento de Trabajo. Desempleo y sobre-empleo. Una aproximación científica para pensar el reparto de las horas de trabajo.

Documento de Trabajo. ¿Pleno empleo en Chaco? La elevada desocupación en una de las provincias más pobres del país.

